

Historia y crítica de la conciencia revolucionaria

RAFAEL ROJAS
El Colegio de México

Resumen

En este ensayo se reconstruye la argumentación básica del importante libro de Tzvi Medin, *Cuba. The Shaping of Revolutionary Consciousness* (1990). Interesa ubicar la aparición del volumen en un momento de cambio irreversible o bisagra entre dos tiempos: entre la caída del Muro de Berlín en 1989 y la desintegración de la URSS en 1991. Esa temporalidad marcó poderosamente los alcances y límites del libro y obliga a emprender una relectura atenta al itinerario de la historiografía sobre la experiencia cubana en las tres últimas décadas.

Palabras clave: Cuba; revolución; socialismo; historiografía; ideología; conciencia; Tzvi Medin

Abstract

This essay explores the basic argument of Tzvi Medin's important book, *Cuba. The Shaping of Revolutionary Consciousness* (1990). It is interesting to locate the publication of the volume at a moment of irreversible change or hinge between two events: the fall of the Berlin Wall in 1989 and the disintegration of the USSR in 1991. This temporality powerfully marked the scope and limits of the book and forces us to undertake a careful rereading of the itinerary of the historiography on the Cuban experience in the last three decades.

Keywords: Cuba; revolution; socialism; historiography; ideology; consciousness; Tzvi Medin

En 1990, mientras se derrumbaba el Muro de Berlín y avanzaba la descomposición de la URSS y el campo socialista en Europa del Este, el historiador Tzvi

rerojas@colmex.mx

Medin dio a conocer su importante ensayo *Cuba. The Shaping of Revolutionary Consciousness*. El libro proponía una de las más completas intervenciones en el proceso ideológico de la Revolución Cubana, en un momento de cambios acelerados en el discurso de legitimación del socialismo cubano, que justo a principios de los 90 comenzaría a transitar de la “Rectificación de errores y tendencias negativas” al “periodo especial”.¹

La naturaleza cambiante del periodo quedó confirmada con la convocatoria al IV Congreso del Partido Comunista de Cuba, a celebrarse en 1991, pero que comenzó a circular desde 1990, generando todo tipo de expectativas de reforma, alimentadas por la transformación echada a andar en los socialismos reales de la Unión Soviética y Europa del Este. A aquel cuarto congreso siguió, al año siguiente, una importante reforma constitucional que definió la forma jurídica del Estado cubano en el periodo postsoviético. El libro de Medin apareció en la víspera de un cambio, que sería mejor captado por otros proyectos académicos como los emprendidos por autores como Carmelo Mesa-Lago, Jorge I. Domínguez, Marifeli Pérez-Stable o Haroldo Dilla.²

La convocatoria al cuarto congreso partidista en 1991 generó una serie de consultas y debates dentro de Cuba, en las que brotaron amplias expectativas de cambio. Se habló de la apertura del mercado libre campesino, de la despenalización del dólar, de la liberación del trabajo por cuenta propia, pero también de la introducción de la elección directa para los representantes de la Asamblea Nacional del Poder Popular y hasta de una posible reformulación del nombre del Partido Comunista de Cuba, que, según algunos, debería llamarse Partido de la Nación Cubana.³

Al final, algunas reformas económicas serían adoptadas, luego de múltiples resistencias del sector burocrático del partido, y ninguna de las reformas políticas o ideológicas consiguió el apoyo de la dirigencia. Sin embargo, la Constitución de 1992 sí reflejó una serie de modificaciones que, de alguna manera, encauzaban aquellas demandas. El nuevo texto constitucional de 1992 mantuvo el núcleo dogmático y orgánico de 1976, pero introdujo desplazamientos retóricos y mecanismos de inclusión política de relativo impacto simbólico.

Algunos de los cambios fundamentales fueron la adición del componente “martiano” a la ideología marxista-leninista de Estado, la redefinición del Partido Comunista como “vanguardia organizada de la nación cubana”, el reconocimiento, en el artículo 23, de “la propiedad de las empresas mixtas, sociedades y asociaciones económicas que se constituyen conforme a la ley”, la sustitución del principio del Estado ateo por el de Estado laico y la incorporación del concepto de “identidad nacional” a la política cultural y educativa del gobierno.⁴

Una de las tesis centrales de Medin, según la cual la “formación de una conciencia revolucionaria”, promovida a través de una serie de “canales de

trasmisión” del Estado, intentaba un “injerto del marxismo-leninismo dentro del nacionalismo cubano”, se vio seriamente confrontada por la realidad de la isla en los años inmediatamente posteriores a la publicación del libro.⁵ Aún así, aquel libro de 1990 llegaría a ser una fuente fundamental para pensar la transformación de la cultura política y el diseño de estrategias ideológicas, a través de la educación y la cultura, entre los años 60 y 80.

El enfoque vertical

Que aquel libro, más que una exposición de la ideología oficial cubana o de las políticas culturales y educativas del régimen de la isla, a la altura de 1990, buscaba desarrollar un argumento histórico, quedó claro cuando en una de las primeras páginas Medin suscribía la periodización de Carmelo Mesa-Lago en *Dialéctica de la Revolución Cubana* (1979).⁶ Mesa-Lago observaba un periodo inicial de ideología nacionalista revolucionaria, no marxista, entre 1959 y 1961, y luego una primera aproximación al marxismo-leninismo entre 1961 y 1963. A esas dos etapas seguía una de experimentación entre diversas modalidades socialistas, tomando distancia de la URSS, entre 1963 y 1966, sucedida por una fase maoísta-guevarista entre 1966 y 1970. Finalmente, tras el fracaso de la zafra de los diez millones, se iniciaba en 1971 una etapa de institucionalización definitiva bajo el canon soviético.

Sin cuestionar la tipología de Mesa-Lago, Medin dio la mayor relevancia al cambio que introdujo la institucionalización de los 70 con respecto a la década anterior. El abandono del “subjetivismo” y el “idealismo” de los 60, señalado por los propios dirigentes cubanos como un alineamiento doctrinal con el modelo soviético y un rechazo a la experimentación de la Nueva Izquierda, especialmente en su versión guevarista, fue tomado al pie de la letra por Medin.⁷ De ahí la importancia que dio a los discursos de Fidel y Raúl Castro y el presidente Osvaldo Dorticós para la interpretación de aquel giro en los 70.

La institucionalización soviética de los 70 no sólo era “definitiva”, según Medin, quien al realizar su investigación entre los años 70 y 80 no tenía por qué vislumbrar la caída del Muro de Berlín o la desintegración de la URSS. Pero la institucionalización socialista también tenía antecedentes en los 60, con lo cual la visión sobre el abandono de la experimentación neoizquierdista era más relativa. Con mucha agudeza, Medin observaba que algunos elementos del nacionalismo revolucionario original de la Revolución, como la “existencia como confrontación”, el “culto al heroísmo” y el “maniqueísmo básico” en la imagen del pasado y en el presente de Cuba se habían reforzado en los años

60 y, lejos de funcionar como dispositivos de resistencia a la adopción del marxismo-leninismo soviético, la facilitaban.⁸

La operación ideológica de los 70 descansó sobre una tesis, bien expuesta en los discursos de Fidel Castro, según la cual por la vía de un nacionalismo y un patriotismo radicales, se llegaba a un antimerialismo, proyectado contra la dependencia de Cuba respecto de Estados Unidos y contra el “American way of life”, en tanto condensación de una sociedad y una economía capitalistas. La idea de que el socialismo fue la desembocadura de la historia de Cuba llegó al extremo de formular una hermenéutica de la historia de Cuba que sostenía que la vía marxista o socialista había sido adelantada por las luchas independentistas contra España en el siglo XIX y por las ideas de sus próceres (Céspedes, Agramonte, Maceo, Martí) aunque todos fueran republicanos o liberales.⁹

Aquella teleología, como es sabido, se reiteró en los discursos de los políticos, pero también en la Plataforma Programática del primer Congreso del Partido Comunista en 1975, en el preámbulo de la Constitución de 1976, en manuales de la historia oficial y en ejercicios más serios de historia nacional como los de Jorge Ibarra, Francisco López Segrera y Julio Le Riverend.¹⁰ Al centrarse más en los discursos de los políticos, que en la producción intelectual dentro de la isla, Medin no alcanzó a ver algunas fricciones entre la historiografía que transitaba hacia el socialismo desde el nacionalismo revolucionario o que se adentraba en un marxismo heterodoxo, como el plasmado en la obra de Walterio Carbonell o Manuel Moreno Fragnals, y aquella teleología ideológica de los “cien años de lucha” o la “Revolución única”, planteada nítidamente por Fidel Castro desde 1968.¹¹

Una vez delineada la operación hermenéutica de la historia nacional, Medin se propuso exponer sus “canales de trasmisión”.¹² Aquellos canales no eran otros que las instituciones y las políticas públicas de educación y cultura del nuevo Estado socialista: campaña de alfabetización, programas educativos primarios, básicos y superiores, el arte, la narrativa, la poesía, el cine, la televisión, la música popular y el teatro. El historiador no pudo estudiar todos aquellos canales. Por ejemplo, la televisión, la radio, las artes visuales, la fotografía, el diseño o la llamada “novela de la Revolución”, tan importante para la construcción del nuevo imaginario socialista, quedaron fuera del análisis. Pero algunas vías de socialización del concepto de socialismo cubano como la novela policiaca o el “género de testimonio” fueron abordadas de forma exhaustiva.¹³

También se ocupó Medin de algunas instituciones u organizaciones estratégicas para la trasmisión del mensaje estatal como las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), que contaban con su propia editorial y sus propios estudios televisivos y filmicos, las organizaciones sociales y de masas (Federación de Mujeres, Comités de Defensa vecinales, Asociación de Agricultores, Central

de Trabajadores, Federaciones de Estudiantes) y, por supuesto, el Partido Comunista, que poseía un activo aparato de movilización, propaganda y difusión.¹⁴ Por medio de esa amplia red de aparatos ideológicos del Estado, Medin, sin recurrir a las conocidas teorías marxistas de Antonio Gramsci o Louis Althusser, captó fielmente la construcción de la hegemonía simbólica socialista en Cuba.

Aquel enfoque vertical tuvo el acierto de reconstruir el andamiaje cultural, ideológico y mediático del Estado cubano en su momento de mayor consolidación dentro del bloque soviético. El nuevo contexto postcomunista de los 90, además de una refuncionalización simbólica del mismo Estado y un desplazamiento de sentidos en la ideología oficial cubana, a favor de diversos referentes nacionalistas, sin excluir a los católicos, generó también una renovación del campo historiográfico que buscó enfoques más horizontales, atentos a las resistencias que ejercían, desde abajo o desde los márgenes, diversos actores de la sociedad y la cultura cubana entre los años 60 y 80.

El hallazgo de la resistencia

En las tres últimas décadas, una nueva historiografía sobre la Revolución Cubana ha puesto la mirada en los disensos y las fracturas, así como en los consensos y las lealtades, contruidos desde abajo, durante los primeros años del poder revolucionario. Los estudios de Lillian Guerra sobre la guerra de clases, la inconformidad y la autorrepresentación política de nuevos sujetos, durante la Ofensiva Revolucionaria de fines de los 60, fueron emblemáticos y precursores en la nueva historiografía.¹⁵

En aquellos estudios se introdujeron enfoques más sutiles sobre las “masas revolucionarias”, atentos a las identidades de género, sexo y raza, que han sido desarrollados, a su vez, por otros historiadores como Ada Ferrer, Alejandro de la Fuente, Manuel Ramírez Chicharro, Michelle Chase, Abel Sierra Madero, Jennifer L. Lambe y Michael J. Bustamante.¹⁶ La nueva historiografía procede por medio de una diversificación del sujeto revolucionario y una relocalización del punto de vista en los de abajo, complejizando así estudios clásicos sobre la transformación de la cultura política cubana, en los años 60, como los de Antonio Annino, Marcos Winocur o Richard Fagen.¹⁷

Esa diversificación de los sujetos y la mayor atención a las resistencias al avance del poder revolucionario han complejizado, también, las periodizaciones de la primera etapa socialista en Cuba. Autores con residencia en la isla, que mantienen diálogo con las instituciones oficiales, como Oscar Zanetti, Juan Valdés Paz o Julio César Guanche, han cuestionado la periodización establecida

en los documentos oficiales del Estado y el Partido, según la cual, la Revolución Cubana arrancó con la guerra de los diez años, en 1868, y es permanente y eterna.

En su libro *El continente de lo posible* (2008), que lleva por subtítulo “Un examen sobre la condición revolucionaria”, Guanache aborda “el presente y el futuro cubanos” como realidades posteriores a la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la URSS.¹⁸ Si bien en ese libro lo revolucionario queda referido a una condición, más que a un periodo, es evidente que el concepto que rige la comprensión del tiempo presente es el socialismo, no la Revolución. En una intervención más reciente en la revista *Cuban Studies*, este autor opta por no comprender la realidad actual de la isla dentro de la lógica revolucionaria.¹⁹

En su *Historia mínima de Cuba* (2013), el importante historiador Oscar Zanetti enmarca el periodo revolucionario en los años 60 y habla de una “experiencia socialista” a partir de 1970, ligada a la institucionalización, la planificación de la economía y la diversificación de las relaciones internacionales.²⁰ De acuerdo con Zanetti, fenómenos como la “Rectificación de errores y tendencias negativas” en la segunda mitad de los 80, el “Periodo Especial” de los 90 o la sucesión de poderes entre Fidel y Raúl Castro, a partir de 2006, serían parte de aquella experiencia socialista.

En el mismo sentido de Zanetti, quien coloca la fase insurreccional fuera de la periodización revolucionaria propiamente dicha, Juan Valdés Paz ha propuesto subdividir la evolución del “poder revolucionario” en cinco fases: 1959-1963, 1964-1974, 1975-1991, 1992-2008 y 2008-2018.²¹ Cada uno de esos periodos corresponde a un proceso de “instauración del poder revolucionario y primera institucionalidad socialista”, “socialismo nacional o autónomo”, “modelo soviético”, “periodo especial” y “actualización del modelo”.²²

La fragmentación del tiempo revolucionario, en fases circunscritas a diversos aspectos de las políticas públicas del socialismo cubano, contribuyen a una crítica de la metaforización del concepto de Revolución en Cuba. Esa crítica pone en cuestión la idea de que la “conciencia revolucionaria”, estudiada por Medin, partía de una condición de perpetuidad históricamente dada. La nueva historiografía sobre la Cuba socialista, a la vez que cuestiona la supuesta unanimidad de ese tipo de conciencia, encuentra en el ejercicio de su hegemonía no pocas escisiones y disidencias.

De hecho, podría argüirse cierta fragilidad en la categoría de conciencia, toda vez que su campo semántico es fundamentalmente sociológico, mientras que la documentación que atestigua su formación proviene de los aparatos ideológicos del Estado. Fuera de la vieja conceptualización marxista-leninista de las “formas de la conciencia social” (arte, literatura, religión, filosofía) o de la “superestructura ideológica o cultural”, que en Cuba llegó a tener apropiaciones importantes dentro de la élite intelectual, la expresión “conciencia

revolucionaria” no remite a otra formación discursiva, al margen del andamiaje simbólico de legitimación del nuevo régimen.²³

La conciencia bajo debate

En la fórmula que Medin utilizó en inglés (*shaping*), generalmente traducida como “formación” pero que con mayor precisión podría entenderse como el proceso de dar forma a algo, el protagonista era el Estado, no el pueblo o la nación. Era el Estado socialista quien daba forma a esa conciencia revolucionaria a partir de una ideología y una interpretación de la historia de Cuba, concordante con esa ideología. El historiador no suscribía la tesis de un pueblo homogéneo o de una nación transhistórica, que desde el siglo XIX había trazado su destino y, finalmente, lo había conquistado con el socialismo.

Más que de una conciencia histórica, como la pensada por Raymond Aron en sus conocidos ensayos de los años 50, se trataba de una conciencia historicista. En cualquiera de las modalidades del historicismo (Herder, Dilthey, Croce, Collingwood), esta corriente filosófica se caracterizaba por comprender al sujeto desde una historicidad. El Estado cubano, según Medin, habría realizado una interpretación historicista de la ciudadanía de la isla que se incorporaba a la Revolución. Esa historicidad estaba cifrada en las amplias posibilidades de que la ideología nacionalista revolucionaria, característica de Cuba desde el siglo XIX, fuera traducida en términos marxista-leninistas.

Aron, en cambio, cuando aludía a una “conciencia histórica” se refería a algo muy distinto. A su entender la conciencia de la historia no era un atributo ni una función del Estado sino de los ciudadanos. A su juicio, se podía afirmar que una nación, en un momento determinado, poseía una conciencia histórica cuando era capaz de establecer una “dialéctica entre tradición y libertad”, o lo que es lo mismo, entre lo que recibía como legado y lo que era capaz de producir como realidad histórica.²⁴ Conciencia histórica era también, para Aron, la mayor o menor capacidad de comprender y “sentir” las “verdades del pasado”.²⁵

Por otro lado, lo que en la Cuba revolucionaria se llamaba “conciencia” tenía su propia historia en la tradición marxista del siglo XX. Es posible captar sutiles discontinuidades en el uso oficial del término entre los años 60 y 70, ya que la crítica del “subjetivismo” y el “voluntarismo”, en la segunda década, estuvo unida, por lo general, al proyecto soviético de dotar de una base científica a la ideología socialista, a partir de la doctrina del marxismo-leninismo. Uno de los desarrollos más notables de un concepto de “conciencia” diferente del soviético, bien asentado en el marxismo occidental, fue el del filósofo húngaro

Gyorgy Lukács, quien lo formuló en su temprano libro *Historia y conciencia de clase* (1920).

Aquel libro, editado en la isla, y sintetizado en el número 41 de 1970 de la revista *Pensamiento Crítico*, proponía una vuelta a Hegel, vía Marx, para defender la importancia de la conciencia de clase en el desarrollo de la Revolución.²⁶ Lukács realizaba una crítica del positivismo, el economicismo y el historicismo burgueses, la cual, a la altura de los años 60, cuando se desarrolla la Revolución cubana, también estaba dirigida al dogmatismo marxista-leninista del socialismo real. Así lo entendió Perry Anderson, pensador emblemático de la New Left de los 60, también publicado en *Pensamiento Crítico*, quien incluyó al filósofo húngaro dentro de una genealogía que iba de Antonio Gramsci y Rosa Luxemburgo a Louis Althusser y Herbert Marcuse.²⁷

En la Cuba de los 70, el Lukács que interesaba más, sobre todo en sectores de la crítica y la teoría literaria, no era el joven neohegeliano e idealista sino el tardío defensor de la novela histórica, que se empalmaba con el canon del realismo socialista del periodo de Stalin. No hubo interés explícito en el primer Lukács de parte de Fidel Castro, Juan Marinello, Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez, Mirta Aguirre y otros ideólogos del periodo soviético, pero sí lo hubo antes, en el Che Guevara, quien lo leyó en los 60, como consta en sus *Apuntes filosóficos* (2012), y también en los jóvenes editores de *Pensamiento Crítico*.²⁸

El giro del concepto de “conciencia” en Cuba, durante el periodo soviético, cargaba con todo el rechazo al repertorio filosófico de la Nueva Izquierda, el postestructuralismo, el neomarxismo y el psicoanálisis, establecido desde el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura de 1971. Dado que el marxismo-leninismo soviético descartaba las tesis de Freud y Lacan sobre el subconsciente y el inconsciente, la idea oficial de conciencia, transmitida por las instituciones educativas y culturales, se llenó del cientificismo y el determinismo propios del socialismo real.

El ajuste simbólico que se produciría a mediados de los 80, cuando el gobierno cubano lanza la estrategia de la “Rectificación de errores y tendencias negativas”, como alternativa a la perestroika y la glasnost emprendidas por Mijaíl Gorbachov en la URSS, generó una resignificación del concepto de conciencia. Una vez más el término reprodujo los acentos morales y afectivos de los años 60. No fue casual que en aquella coyuntura, en que el sistema de la isla se veía amenazado por el avance del socialismo real del bloque soviético hacia el mercado y la transparencia informativa, el gobierno de Fidel Castro buscara una vuelta retórica a las ideas del Che Guevara, como se lee en algunos ensayos muy promovidos desde el poder como los de Carlos Tablada y Fernando Martínez Heredia.²⁹

Tanto la vuelta al guevarismo a fines de los 80, como el acercamiento al nacionalismo católico, verificado en la reivindicación de José Lezama Lima y la revista *Orígenes*, a través, fundamentalmente, de la obra de Cintio Vitier, en la primera mitad de los 90, representaron importantes variaciones del concepto de conciencia en la esfera pública cubana.³⁰ Aunque la estructura del Estado y el Partido continuaban respondiendo, en lo fundamental, al trazado institucional de la Constitución de 1976, el discurso de legitimación del socialismo cubano se abrió a contenidos doctrinales ajenos al marxismo-leninismo de corte soviético.

Para cuando tiene lugar la llamada “batalla de ideas”, entre fines de los 90 y principios de los 2000, una nueva ofensiva ideológica personalmente dirigida por Fidel Castro, ya la noción de “conciencia revolucionaria” está muy lejos de responder a la necesidad de “injertar el marxismo-leninismo en el nacionalismo revolucionario” sino que está orientada, en buena medida, a subordinar cualquier modalidad de marxismo al manejo del conflicto con Estados Unidos y la “contrarrevolución” o “mafia” de Miami.³¹ Aquella vuelta a la movilización política, en la primera década del siglo XXI, coincidió con el ascenso de los regímenes bolivarianos en América Latina que operaron una nueva mutación de la “conciencia revolucionaria”.

Aunque Cuba no adoptó el modelo institucional de los “socialismos del siglo XXI”, el lenguaje político oficial se vio contaminado por las experiencias bolivarianas. Hugo Chávez se convirtió en una figura omnipresente en los medios de la isla, junto a Fidel y Raúl Castro. La alianza con la Venezuela bolivariana vino a consumir un proceso tendiente a reemplazar ideas y conceptos por imágenes e íconos, ligados a una conciencia histórica frecuentemente reducida a la genealogía de sus líderes, de Martí a Fidel y de Bolívar a Chávez. El reemplazo de la ideología por la iconología, a tono con la revolución tecnológica del siglo XXI, también tenía su propia tradición en la cultura política revolucionaria.³²

Junto con esa resignificación de la noción de conciencia, que en mucho respondía a una condición post-revolucionaria, los consensos tradicionales del socialismo comenzaron a verse cuestionados en el siglo XXI, tras las sucesiones presidenciales de Raúl Castro y Miguel Díaz-Canel. El avance cauteloso hacia el mercado, la flexibilización de formas de propiedad, el trabajo por cuenta propia, el aumento de las remesas de la emigración y el impulso decisivo al turismo generaron una nueva estratificación social.³³

Con las más recientes sanciones del gobierno de Donald Trump, en el momento actual aún no derogadas por la administración Biden, se ha acentuado la tendencia al decrecimiento económico, la disparidad en el ingreso, la depauperación de zonas urbanas y, con ellos, rebotes de racismo, machismo, violencia de género y exclusión social. La sociedad cubana del siglo XXI está muy lejos de ser aquella comunidad homogénea, moldeada por políticas de inclusión e

igualdad. Si en aquella sociedad de mediados del siglo XX, era difícil asir una conciencia revolucionaria, más intangible se muestra ahora, en pleno siglo XXI.

Notas

1. Marifeli Pérez-Stable, *La revolución cubana. Orígenes, desarrollo, legado* (Madrid: Editorial Colibrí, 1998), pp. 258-260 y 289-292.
2. Jorge I. Domínguez, *To Make the World Safe for the Revolution. Cuba's Foreign Policy* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1989); Marifeli Pérez-Stable, *The Cuban Revolution* (New York: Oxford University Press, 1993); Carmelo Mesa-Lago, *Are Economic Reforms Propelling Cuba to the Market* (Miami: The University of Miami North-South Center, 1994); Haroldo Dilla (ed.), *La democracia en Cuba y el diferendo con Estados Unidos* (La Habana: CEA, 1994).
3. Pérez-Stable, *La revolución cubana*, pp. 281-288.
4. Leonel de la Cuesta, *Constituciones cubanas* (Miami: Alexandria Library, 2007), pp. 485-518.
5. Tzvi Medin, *Cuba. The Shaping of Revolutionary Consciousness* (Boulder and London: Lynne Rienner Publishers, 1990), pp. 1-2.
6. Medin, *Cuba*, p. 2; Carmelo Mesa-Lago, *Dialéctica de la Revolución Cubana* (Madrid: Playor, 1979), pp. 26-27.
7. Medin, *Cuba*, pp. 19-23.
8. *Ibid.*, pp. 29-36 y 39-49.
9. *Ibid.*, p. 53.
10. Ver, por ejemplo, Jorge Ibarra, *Ideología mambisa*, (La Habana: Instituto del Libro, 1967); Jorge Ibarra, *Nación y cultura nacional* (La Habana: Ciencias Sociales, 1981); Francisco López Segrera, *Cuba: capitalismo subdesarrollado y dependiente* (La Habana: Casa de las Américas, 1972); Julio Le Riverend, *La República. Dependencia y Revolución* (La Habana: Ciencias Sociales, 1971).
11. Walterio Carbonell, *Cómo surgió la cultura nacional* (La Habana: Biblioteca Nacional de Cuba, 1961); Manuel Moreno Fragnals, *La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones* (Barcelona: Crítica, 1983).
12. Medin, *Cuba*, p. 65.
13. *Ibid.*, pp. 101-110 y 139-146.
14. *Ibid.*, pp. 147-166.
15. Lillian Guerra, *Visions of Power in Cuba. Revolution, Redemption, and Resistance, 1959-1971* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2012), pp. 290-316.
16. Michael J. Bustamante y Jennifer L. Lambe, *The Revolution from Within. Cuba, 1959-1980* (Durham, NC: Duke University Press, 2019), pp. 7-23. Un buen resumen de la nueva historiografía sobre la Revolución Cubana se encuentra en Martín Ribadero, "La revolución cubana: un balance historiográfico", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, núm. 51 (julio-dic. de 2019), pp. 204-233.
17. Richard Fagen, *The Transformation of Political Culture in Cuba* (Stanford: Stanford University Press, 1969); Marcos Winocur, *Las clases olvidadas de la Revolución Cubana* (Barcelona: Crítica, 1979); Antonio Annino, *De la insurrección al régimen. Política de masas y estrategia institucional en Cuba* (Milán: Franco Angeli Editores, 1984).

18. Julio César Guanche, *El continente de lo posible. Un examen sobre la condición revolucionaria* (Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, 2008), pp. 171-174.
19. Yvon Grenier, Jorge Domínguez, Julio César Guanche, Jennifer Lambe, Carmelo Mesa-Lago, Silvia Pedraza, Rafael Rojas, “¿Cuándo terminó la Revolución cubana?: Una discusión”, *Cuban Studies*, vol. 47 (2019), pp. 143-165.
20. Oscar Zanetti, *Historia mínima de Cuba* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2013), pp. 297-316.
21. Juan Valdés Paz, *La evolución del poder en la Revolución Cubana* (Ciudad de México: Rosa Luxemburgo Stiftung, 2019), tomo I, p. 16.
22. *Ibid.*, pp. 17-18.
23. Edith García Buchaca, *La superestructura. La literatura y el arte* (La Habana: Ediciones del Consejo Nacional de Cultura, 1961), pp. 5, 11 y 47.
24. Raymond Aron, *Dimensiones de la conciencia histórica* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2004), p. 103.
25. Aron, *Dimensiones de la conciencia histórica*, p. 103.
26. Gyorgy Lukács, “La conciencia de clase”, *Pensamiento Crítico*, núm. 41 (junio de 1970), pp. 148-197.
27. Perry Anderson, *El marxismo occidental* (Ciudad de México: Siglo XXI, 1979), pp. 1-3 y 41-44.
28. Ernesto Che Guevara, *Apuntes filosóficos* (Ciudad de México: Ocean Sur, 2012), pp. 345-346.
29. Carlos Tablada, *El pensamiento económico del Che* (La Habana: Editorial Horizonte, 1989); Fernando Martínez Heredia, *El Che y el socialismo* (La Habana: Casa de las Américas, 1989).
30. Cintio Vitier, *Para llegar a Orígenes* (La Habana: Letras Cubanas, 1994); Cintio Vitier, *Ese sol del mundo moral* (La Habana: Editorial Unión, 1995).
31. Ignacio Ramonet, *Fidel Castro. Biografía a dos voces* (Barcelona: Debate, 2006), pp. 483-514.
32. Iván de la Nuez, *Iconocracia* (Vitoria, España: Atrium/ Turner, 2016), pp. 13-25.
33. Vincent Bloch, *La lutte. Cuba après l'effondrement de l'URSS* (París: Vendémiaire, 2018), pp. 341-387.